

A L. . G. . D. . G. . A. . D. . U. .

L. . I. . F. .

Haz los gestos y crearás

VENERABLE MAESTRO,
QUERIDOS HERMANOS Y HERMANAS EN
VUESTROS GRADOS Y OFICIOS:

Haz los gestos y crearás”, dijo Blaise Pascal. Debió de decirlo varias veces en su vida porque la frase tiene variantes: “Arrodíllate y crearás” es la más difundida. La tercera es más completa: “Actúa como si creyeras, ora, arrodíllate, y crearás: la fe vendrá por sí sola”.

Se queda uno perplejo, ¿verdad? Está claro que Pascal se estaba dirigiendo a alguien que no tenía fe pero que, por algún motivo, deseaba o necesitaba tenerla. Pascal sabía bien, por propia experiencia, que, delante de los tremendos clérigos de su tiempo, que se las sabían todas, era muy difícil fingir la fe; era mucho más seguro tenerla de verdad. Pero no deja de asombrarnos su encantador cinismo: parece convencido, en el fondo de su alma, de que la fe no es siempre un milagro íntimo sino, en no pocos casos, una costumbre; no la tiene tanto por un don divino, que es lo que nos decían de niños, como por el efecto en la mente de una larguísima repetición de gestos o de mantras. Y eso aconseja: insistir, insistir en los gestos has-

ta que la fe aparezca, tarde lo que tarde. No en vano Pascal es uno de los padres del cálculo de probabilidades.

En todo caso, el filósofo está hablando de ritos, y eso es lo que nos interesa: ya decía nuestro casi H.. Antoine de Saint-Exupéry (no llegó a iniciarse), por boca del famoso zorro sabio de *El Principito*, que los ritos son importantes. Vaya si lo son: estoy seguro, V.. M.., QQ.. HH.. y Has.., de que a lo largo de este curso Masónico vamos a escuchar aquí numerosas reflexiones, mucho más profundas y detalladas que la mía, sobre lo que es un rito. Pasaré, pues, muy deprisa sobre las definiciones, y sólo porque las necesito: lo que me interesa es otra cosa.

Solemos entender por rito un conjunto de símbolos, en no pocos casos de carácter mítico, cuyo encadenamiento ordenado constituye una narración. Cuando ponemos en práctica un rito estamos recordando, reviviendo o reconstruyendo algo que tiene mucho que ver con un relato. En un rito intervienen, pues, tres elementos fundamentales: los símbolos, las palabras que les dan sentido e, inexcusablemente, la representación, o sea el conjunto de gestos y acciones. Un bautizo cristiano está reconstruyendo el mítico bautismo del Jordán. Una Pascua judía trae al presente el mito del éxodo del pueblo hebreo que abandonaba al faraón, o que escapaba de él, que eso no está nada claro. Una iniciación masónica es todas las iniciaciones, a partir del relato simbólico de los viajes que sintetizan el mito de los cuatro elementos que, para los antiguos, conformaban la naturaleza. Así todo. El rito, pues, vence al tiempo: nos devuelve a los orígenes de aquello que se representa y, gracias al encadenamiento armonizado de símbolos, palabras y acción gestual, lo convierte en presente.

Nosotros, los masones, somos muy conscientes de esa nada fugaz suspensión del tiempo y aun del espacio que entraña el rito. Cuántas veces se repite en nuestras ceremonias que el mandil que vestimos ha sido llevado por los masones más ilustres y por los más humildes; o que las manos anudadas de la Iniciación nos unen a todos los masones esparcidos por la superficie de la tierra; o que la cadena de unión nos engarza con los hermanos del pasado y aun con los que están por venir.

Primera dificultad: no siempre llamamos “rito” a un relato reconstruido o resucitado. El zorro del *Principito*, cuando aconsejaba a éste que fuese puntual para que surtiese efecto la indispensable preparación del corazón cuando se espera la llegada de alguien a quien se ama, no se refería a ninguna recreación simbólico-narrativa. Estaba hablando de los innumerables gestos, palabras o frases hechas, actitudes o incluso maneras de manejar el tiempo, el espacio y la distancia que usamos los seres humanos para relacionarnos entre nosotros. También los llamamos –lo hacía St. Exupéry– ritos, aunque quizá fuese más apropiado llamarlos gestos rituales o simbólicos.

Mi pregunta es: ¿sabemos lo que estamos haciendo?

Yo creo que casi nunca.

Cuando tendemos la mano a alguien para saludarlo, cosa que hacemos prácticamente a diario, ¿sabemos que ese gesto quiere decir, en su origen, “no llevo armas”? Cuando le damos un abrazo a alguien, ¿tenemos claro de que le estamos

proponiendo “comparte mi espacio y siente mi corazón”? Cuando le decimos a alguien que *ojalá* tenga suerte, ¿somos conscientes de que le estamos poniendo en manos del dios de los musulmanes? Cuando brindamos con alguien y hacemos chocar con él nuestro vaso o nuestra copa, ¿nos damos cuenta de que lo que le estamos comunicando es “bebe tranquilo, que no te estoy envenenando”? ¿Saben los militares que, cuando se llevan la mano a la sien para saludar, en realidad están diciendo “me levanto la visera del yelmo para que me veas la cara”?

Hay cientos de ejemplos, pero demos un paso más allá porque hay gestos simbólicos aparentemente más profundos. Cuando los creyentes hacen caso al pragmático Pascal y se arrodillan ante sus clérigos, o ante sus imágenes sagradas, ¿saben que están realizando no un acto de respeto, sino de sumisión? La cita es de Isaías, 45, 24: “Yo juro por mi nombre, de mi boca sale palabra verdadera y no será vana: que ante mí se doblará toda rodilla y toda lengua jurará diciendo: ¡Sólo en Yahveh hay victoria y fuerza!”. ¿Y saben que ese gesto, que está datado ya en el Neolítico inferior, quiere decir, según los antropólogos, “pongo mi cabeza a la altura de tu arma para que sepas que no me puedo defender, que me someto a ti para que así me perdones la vida”? ¿Lo saben los musulmanes cuando hacen ese mismo gesto, llevado al extremo de apoyar la frente en el suelo, cinco veces al día?

Un tercer paso, que nos lleva ya a ritos propiamente dichos. Cuando Pascal formuló su astuto consejo, que recomendaba orar sin descanso para atraer a la fe, nadie oraba en su propio idioma: sólo se rezaba en latín. ¿Alguien se ha molestado en calcular cuántos millones de personas, a lo largo de los siglos, han recitado sus plegarias sin tener ni la más remota idea de lo que estaban diciendo? Lo mismo pero en otro sitio: ¿qué pensarán los musulmanes indonesios, los bengalíes, los senegaleses o incluso los marroquíes, cuando van a la mezquita y se les habla en árabe clásico, el idioma del islam, que muchísimos de ellos ni lejanamente conocen? Y aun hoy y entre nosotros, ¿cuántos católicos son conscientes, aunque sólo sea por encima, de qué está pasando exactamente cuando celebran sus ritos: por qué se sientan o se levantan o se persignan o se arrodillan? ¿Cuántos comprenden de verdad el significado de oraciones como el complejo *Credo* católico, un apretadísimo prodigio de síntesis? ¿Cuántos saben por qué el celebrante lleva la casulla verde, o roja, o morada? ¿Cuántos saben, por cierto, qué quiere decir la palabra “casulla”? ¿Cuántos fieles, y aun clérigos, sabrían nombrar, de memoria y sin equivocarse, las prendas que viste el celebrante, y decir de dónde proceden y cuál es su significado?

Quiero decir con todo esto: en los ritos, ¿es importante saber lo que se hace o basta sólo con repetir y repetir y repetir gestos y frases, a menudo incomprensibles o incomprensibles, muchas veces mantras espléndidamente ideados, hasta que llegue, pascalianamente, la fe, diríase que por puro asedio?

V.. M.., QQ.. HH.. y HH^{as}.., ahí está la diferencia esencial. A los ritos masonicos, al menos a los que yo conozco, les pasa algo que no es único en el mundo, pero sí una rareza estadística en la historia:

Que se entienden.

Que todo el mundo sabe lo que hace y por qué lo hace.

Fue lo primero que me asombró en mi Iniciación, y hoy me llena de dicha cada vez que vuelvo a verlo: aquí se entiende todo. Nuestros ritos no tienen dioses y no tienen clérigos. Aquí no hay nadie que esté por encima de los demás ni nadie que asegure que tiene contacto personal e intransferible con ninguna divinidad misteriosa que sólo habla con él o por boca de él. Cuando alguien cruza por primera vez las puertas que hay a mi espalda, y declara que busca la Luz del conocimiento y de la libertad, hace o le hacen cosas que, en un primer momento, no sabe qué significan. Casi en cualquier otro grupo humano que yo conozca y que emplee ritos, en especial las organizaciones religiosas, ahí se quedaría todo, porque muchos sostienen allí que hay cosas que nadie, o sólo unos pocos, deben saber. Eso se llevaba, a veces, hasta el extremo de separar los espacios. En las ceremonias de los antiguos cristianos, de los romanos, de los griegos y desde luego de los egipcios, había dos estancias distintas. En una, la de mayor tamaño, estaban los fieles, que apenas intervenían. Y en otra cámara, oculta a la vista de la mayoría, los sacerdotes celebraban sus ceremonias secretas, que nadie más que ellos podía conocer.

Aquí no. Aquí, al profano se le va explicando con todo detalle qué son, qué significan y cuáles son los símbolos que representan todos y cada uno de los pasos que da, de los gestos que hace, de las palabras que dice o le dicen. Se le aclara con toda exactitud qué son los cuatro viajes iniciáticos, por qué en un momento se encuentra obstáculos en el camino y después no, qué quiere decir la cuerda que lleva al cuello, por qué le ponen un compás que le pincha el pecho, qué significa ponerse al orden y de dónde proceden exactamente esos gestos; para qué sirven y cómo ha de usar todas y cada una de las herramientas que habrá de utilizar ya siempre...

El rito masónico proviene, y ahí está lo más noble y deslumbrante de todo, del hombre mismo. Y de nada más. Del trabajo humano, de la historia del ser humano, de la razón humana; del empecinamiento de hombre por saber más, tanto del mundo que le rodea como de sí mismo. Tenemos por símbolos herramientas de trabajo que usaron y usan los hombres para edificar lo mejor que fueran capaces de lograr con fuerza, belleza y sabiduría. Todo lo que vemos ahora mismo, todos y cada uno de los objetos que nos rodean, tienen un significado que los profanos no conocen, pero nosotros sí; y todos proceden del corazón del hombre, de su pasado, de su esfuerzo, de su imaginación, de su empecinamiento en comprender o hallar una explicación a lo que no sabe; de su memoria, de su entendimiento y de su voluntad.

Somos una Orden iniciática. Cuando un profano cruza esas Puertas, quien habla por él, el Gran Experto, le presenta ante todos: “Es Fulanita de Tal, humilde candidata sumergida en las tinieblas, que pide ser admitida en los Misterios y Privilegios de la Masonería”. Una voz, hay que admitir que algo áspera y desconfiada, pregunta: “¿Y cómo osa intentarlo?” La respuesta del Gran Experto es deslumbrante: “Porque es un *ser humano* libre y de buenas costumbres...”

Ahí está la clave de todo. Nos llevaría muy lejos analizar qué quiere decir, y qué no, la palabra “iniciático”, pero estoy firmemente convencido de que esa deliciosa y antigua frase que tiene casi el sonido de un cofre cuando se abre, “misterios y privilegios”, es casi una redundancia, porque de algún modo, al menos a mi modo de ver, se refiere a lo mismo: a lo que nosotros llamamos la Luz, esto es, el co-

nocimiento y la conciencia cabal, íntegra, de lo que significa trabajar la condición de ser humano. Así pues, nuestros misterios, si convenimos en llamarlos así, no están para ser resguardados, preservados, cultivados en la oscuridad, como se hace con los champiñones, y luego vueltos a meter en el cofre o en el *sanctasanctorum*. Los protegemos de la mirada de los profanos tan sólo porque ellos no conocen ni el contexto ni el método mediante el cual esos llamados misterios se ensamblan en la mente del masón, se armonizan y empiezan a funcionar. Pero nuestros misterios, lo que llamamos *esotérico*, están para ser iluminados, comprendidos, *usados* en bien de quien aprende... y en bien de la humanidad. Qué extraño misterio, qué difícil de esconder ese “secreto” que sólo tiene sentido cuando es útil para todo el mundo.

Y nuestro privilegio, lo sabemos todos, no es el de poseer unos conocimientos concretos y secretos, ocultos o sagrados que nos hagan sentirnos muy importantes y superiores al resto de los mortales. No lo somos. Si algo tenemos de distinto, yo creo que de mejor, de privilegiado, es nuestra voluntad, nuestro compromiso en la búsqueda de la Verdad, de la Luz, del conocimiento, de la rectitud y de la fraternidad. De la Utopía. Nuestro privilegio, el que se anuncia al profano el día de su iniciación, es nuestro Método. Que no contiene apenas conocimientos específicos, sino que ejercita al masón, a cada masón, en la forma de hallarlos, de entenderlos, de conjugarlos y de hacerlos provechosos. Ese es el secreto. Ese es el privilegio. Yo creo que no hay otro. Y también creo que menos mal.

Nuestros ritos, por tanto, son recreaciones simbólicas y narrativas, como todos, pero antes que ninguna otra cosa son *instrumentos de trabajo*. Su objeto no es la sumisión a ninguna divinidad, la convocatoria mágica de cualesquiera fuerzas o poderes sobrenaturales ni el mantenimiento perpetuo de ninguna estructura de poder, como sucede en tantísimos otros casos. Son una herramienta más o, por mejor decir, un catálogo, una antología, una orquestación de todo el resto de nuestras herramientas.

En los ritos masónicos caben holgadamente dioses, libros sagrados, energías misteriosas que la Física parece que no termina de descubrir, poderes astrales, cábalas... y todo tipo de *creencias*; y caben también la ciencia positiva, el escepticismo, la racionalidad en todas sus formas... y todo tipo de *certezas*. Nuestros ritos los practican, y no tenéis más que mirar ahora mismo a vuestro alrededor, creyentes, teístas, deístas, agnósticos, ateos, apateístas y toda la variedad histórica del pensamiento especulativo humano. Y ese es el prodigio que se da, que yo sepa, aquí y en ningún otro sitio: que en nuestro rito caben todas esas cosas y seguramente muchas más, pero el rito masónico *ni las prescribe ni las prohíbe*. Simplemente las armoniza, las orquesta, las pone a funcionar en libertad, igualdad y fraternidad; no sirve, pues, para *crear*, como se resignaba Pascal, sino para *crear*, para mejorar, para hacer cosas que nos sean íntima y colectivamente útiles. Porque aquí lo que se busca, golpe a golpe sobre la piedra bruta que es cada uno, es lo común y esencial del ser humano, lo que nos hace mejores a todos, y no la confrontación entre los efectos, algunas veces terribles, que las distintas maneras de pensar han producido entre los diferentes grupos, corrientes o bandos que ha generado la humanidad.

El rito masónico es, pues, una *herramienta de herramientas*. El rito es a la Masonería lo que la sinfonía es a la música: su expresión más completa. Y, como pasa siempre con los útiles de trabajo, a veces se usa bien... y a veces no tanto. ¿Es eso un mal irreparable? Yo creo que no. Cuenta el profesor Federico Revilla, en su monumental obra sobre simbología e iconografía, que en algunas antiguas ceremonias védicas, en las que se sacrificaba un caballo, el rito debía ser celebrado con tal inmutabilidad, con tal exactitud, que si uno solo de los intervinientes se equivocaba en lo más mínimo, se estropeaba toda la ceremonia y había que volver a empezar. Esto, se me ocurre, debía de resultar carísimo, porque si cualquiera pisaba donde no debía o se trabucaba en la frase después de matar al caballo, supongo que habría que conseguir otro, con lo cual aquellas ceremonias debían de tener felices y contentos a los mercaderes de caballos... pero me temo que a casi nadie más.

Quiero decir con esto que gente exagerada ha habido en todas las épocas. Los masones, al menos los que yo conozco, no lo somos tanto. Pero tengo muy claro que deberíamos usar con mucho más cuidado nuestra “herramienta de herramientas”, o sea nuestro rito. Deberíamos esforzarnos en que nuestra sinfonía, bellísimamente escrita, sonase como la soñaba el compositor; en este caso, los millones de compositores que la han ido puliendo durante más de trescientos años.

V.. M.., QQ.. HH.., sobre todo los más veteranos: recordad una vez más qué os pasó por la cabeza cuando, el día de vuestra Iniciación, escuchabais el ruido de las espadas durante el primer viaje, tropezabais con los obstáculos y, sobre todo, oíais los diálogos en los que se hablaba de vosotros, o las palabras que se os dirigían. Eran unas frases llenas de sabiduría, de fuerza y, desde luego, de belleza. Estoy convencido de que el rito produjo en vosotros el mismo efecto que en mí: una impresión hondísima. ¿Habría sido tan poderosa esa impresión si hubieseis llegado a escuchar, aunque fuese tenuemente, risas o comentarios? ¿Os habría llegado al alma la catarsis de la Iniciación si el V.. M.. o los Vigilantes hubiesen pronunciado aquellas palabras con dejadez, sin ganas, sin prestarles atención, quizá equivocándose, como si estuviesen pensando en otra cosa o cumpliendo un mero trámite?

No, ¿verdad? Recordad la cara de los Aprendices, de cualquier aprendiz, en su primera Tenida completa, la siguiente a su Iniciación, cuando oyen *por primera vez* el bellissimo diálogo en el que se explica por qué el V.. M.. está sentado en Oriente y los Vigilantes en Septentrión y Mediodía, y no es más que un ejemplo entre muchos. Admitámoslo, eso impresiona profundamente. Impresiona no sólo por la hermosura de las frases sino porque, como decía antes, *se entiende*: al aprendiz se le está explicando algo muy bello y muy sutil que no sabía. Es más: algo a lo que accede después de un trabajo muy duro, muy costoso y muy largo.

Si la fuerza de la costumbre, si la rutina nos hace caer en el *recitado*, que no es lo mismo que la lectura atenta; si caemos en el pascaliano tedio de repetir, repetir y repetir esas poderosas palabras con el mismo espíritu con que las beatas rezan el rosario después de misa de ocho: de una manera cansina, mecánica, casi automática o distraída; si nos limitamos a cumplir la parte verbal del rito con la boca, pero ya no con el corazón, porque lo hemos hecho cientos de veces, entonces el poder evocador, la maravillosa inteligibilidad, la fuerza *creativa* propia del rito masónico, sencillamente desaparece. El rito no sirve para nada, no hace nada, no funciona ni

nos hace funcionar. Es una sinfonía desafinada. Y todos, pero sobre todo los Aprendices, nos quedamos con cara de vaca mirando pasar el tren y pensando, quizá: “Bueno... No es tan diferente de una misa”.

Y sí lo es. De hecho, en mi opinión no tiene nada que ver, y ya he dicho antes por qué. Se ponga Pascal como se ponga, yo no creo que a las beatas les llegue la fe por más rosarios que reciten; pues tampoco creo que a los masones nos roce siquiera el poder evocador del rito si no lo hacemos *bien*. Porque el nuestro no se basa, como sucede con otros ritos, en la repetición, en la sumisión y en la inmutabilidad: es, repito, antes que nada *creativo* y evocador. Y eso necesita algo indispensable: corazón. A los masones, que no tenemos dogmas, nos pasa lo que al hombre de hojalata de *El mago de Oz*: que sin corazón no somos nada. Y qué maravilla, V.·. M.·. cuando participamos en una Tenida hecha con el corazón; cuando escuchamos que los Oficiales dicen sus frases rituales con la misma intensidad y el mismo amor que si se tratase de una Plancha escrita por ellos mismos.

Si el rito es la sinfonía, el ritual (el cuaderno impreso que todos tenemos) es la partitura que nos permite hacerla sonar. Es verdad que esa partitura es, a veces, difícil. Mejor dicho: como muy saben bien los músicos, el verdadero peligro está en el copista, que suele equivocarse, que cambia un Do por un Re y aquello acaba sonando, como mínimo... *raro*. Eso es lo que a veces nos pasa. Nuestra partitura, o sea nuestro ritual, contiene bastantes errores, casi todos fallos de traducción, que nosotros nos limitamos a repetir una y otra vez como si fuesen la Palabra revelada.

No lo es. El ritual es una partitura muy antigua hecha por seres humanos. Nada menos, pero tampoco nada más. No es el canon de la misa, ni la Torá, ni el Corán, que no puede alterarse ni en una coma por prescripción divina. Es una tradición, sí, y esa sola palabra hace saltar en algunos de nuestro HH.·. un respeto reverencial, casi místico; quizá olvidamos aquella frase de Lord Bertrand Russell, quien decía que una tradición es, demasiadas veces, “un error que ha envejecido”.

Si somos humanos para equivocarnos, seámoslo también para enmendar nuestras equivocaciones. Hagamos, pues, uso de nuestra razón, de nuestro Método y sobre todo de nuestro sentido común, y corriamos las notas equivocadas para que nuestra maravillosa música suene como tiene que sonar. Dejemos de buscarle tres, o cinco, o siete pies al gato, o sea sutiles interpretaciones ancestrales, por ejemplo, a la frase “están en su lugar y en el sitio que les corresponde” porque, por más vueltas que le demos, eso es una mala traducción de la frase hecha francesa “*en lieu et place*”, que significa “en su sitio” y que no se debe verter literalmente al español porque eso no se hace jamás con las frases hechas. Podría poner más ejemplos, pero no lo haré porque estábamos hablando del rito y no del ritual.

Nos podemos equivocar y desde luego que nos equivocamos, porque somos seres humanos. Pero hay algo que no hacemos: arrodillarnos para creer, como recomendaba el sagaz y pragmático Pascal. En un tiempo de resurgimiento de la ceguera fundamentalista, los masones somos el termómetro de la libertad: allí donde se nos persigue, es que las cosas van mal para todos menos para quienes detentan el poder. En un tiempo en que los valores más apreciados por muchos son los bursátiles, los masones seguimos defendiendo y proclamando la utopía esencial del ser

humano: la libertad, la igualdad, la fraternidad, el progreso, el laicismo... y la *dig-*
nidad del hombre. Por eso, en nuestros ritos, los masones nos arrodillamos poco...
y nunca en señal de sumisión. Que yo sepa, sólo lo hacemos cuando el V.º. M.º.
nos pone una espada en la cabeza y nos recibe como hermanos, y esto por estrictas
razones de estatura: si quien ingresa en nuestra Orden permaneciese de pie, quien
le acoge no podría estar a su altura... física. Sin duda, sí a la moral.

Por eso y por nada más nos arrodillamos los masones. Somos, queda dicho,
seres humanos libres y de buenas costumbres. Cómo iba a imponernos nuestro rito
la sumisión ni la adoración. Nuestro rito nos impulsa hacia la libertad, hacia el co-
nocimiento, hacia la Luz que debe acabar iluminando a todos por igual. Ese es
nuestro privilegio. Por eso estamos aquí.

Por qué otra cosa íbamos a estar.

V.º.M.º., *He dicho.*

H.º. Carretero,
12 de enero de 6011, v.º. L.º.

CARRETERO 

